

# Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

El cronista tiene muchas ganas de llenar este territorio alto y delgado con el recuento de horas animosas, fraternas, esperanzadas. Que además pueden ser serias y trascendentes. Por ejemplo, el cocido maragato en homenaje a Ricardo Gullón.

Fue en Madrid, organizado por nuestra «Casa» de la calle del Pez. La llamada a manteles prevenía que en el Hotel Wellington, y por todo el vestíbulo había una gran feria de abrazos leoneses. De manera que en el guardarropa, así que se soltaba el abrigo, soltaba cada cual sus preocupaciones de este diciembre más bien árido. A esta desenvoltura contribuían los camareros, presionando con bandejas surtidas de cuatro elementos, a saber: chorizo picante, tacos de queso de Valderas, picadillo, morcilla de la tierra. El vino corría «a tope», que es una manera de declararse el cronista pero sin incurrir en favoritismo publicitario. Por allí circulaban pintores, magistrados, novelistas leoneses de la diáspora, actores de Albos Films. curas de paisano, pilotos de aviación, agricultores del lúpulo y la remolacha, empresarios, traductores de Aristóteles y otra gente de cátedra, sin olvidar, por favor, a las distinguidas señoras, militares de alta graduación, diputados y hasta ex ministros. Comprendan que no me voy a poner a nombrarlos.

En cuanto a Ricardo Gullón -el homenajeado-, todo lo dijo y lo dijo muy bien Luis Alonso Luengo, en las palabras de ofrecimiento. La amistad, incluso pre-natal, de los dos escritores, tan coetáneos y vecinos que bien pudieron saludarse sin haber salido del claustro materno. La adolescencia curiosa y la juventud ávida. La guerra y la paz, los largos avatares de la literatura y de la vida...

Ricardo Gullón -que presidía acompañado de su mujer, nuestra admirada, querida Luisa- se levantó, seriamente emocionado, a recibir el condigno obsequio que materializaba en esta ocasión jubilar el cariño de sus paisanos. Hubo que esperar un buen rato a que amainaran los aplausos. Entonces, con una promesa de brevedad que iba a verse rigurosamente cumplida -porque «aquí el protagonista debe ser el cocido»-, se alzaron las palabras de Ricardo sobre un gran silencio de expectación y respeto.

Jamás me será tan fácil resumir en pocas líneas un discurso, y eso que este

discurso pertenece a un orador rico y brillante. Esto es así porque sobre la alocución muy bella, lo importante fueron un par de conceptos, precisos, claros y sin arrugas. Gullón dijo que ser astorgano, y leonés, tiene mucha importancia... Como que es una manera de ser español. Y dijo, claramente, serenamente, que a lo que obligan la historia y la literatura de Astorga es a mantener con gallardía una bandera, que no puede ser otra que la bandera de España.

«¡Brindemos por España!» -alentó. Gullón, después de advertir que su gesto iba a ser, desdichadamente, un gesto que algunos consideran poco actual.

Entonces, el escritor astorgano y catedrático de Chicago, hombre de progreso y cultura, liberal, intelectual avanzado, me parece que viejo republicano (o más breve: un español que no consiente que le quiten o monopolicen lo más suyo), levantó su copa chispeante como sus propios ojos, tan llenos de experiencia, de juventud.

Y al instante se levantaron centenares de copas unánimes.